BIBLIOTECA LIRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

Un cuarto con dos camas

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN DEL PERAL

DÉCIMA EDICIÓN

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
calle de los Madrazo (antes Greda), 15, bajo
1900

UN CUARTO CON DOS CAMAS

Esta obra es propiedad de D. Enrique Arregui, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Los representantes de las Galerías *Biblioteca lírico-dramática* y *Teatro Cómico*, de los Sres. Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UN CUARTO CON DOS CAMAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN DEL PERAL

Representado por primera vez en el TEATRO DE LA CRUZ, el 24 de Diciembre de 1846, y posteriormente en los principales teatros y sociedades de España y Ultramar

---

DÉCIMA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1900

714746

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
COSME.....	D. V. Caltañazor.
DAMIÁN.....	D. J. Lombía.

ACTO ÚNICO

El cuarto de una posada: decoración cerrada; ventana á la izquierda del espectador y puerta á la derecha. En el foro dos camas con cortinas: ambas cabeceras caen hacia el centro del teatro. Junto á cada cama, dos sillas, una mesa con jarros, palanganas y una baraja: todo muy pobre.

ESCENA PRIMERA

COSME y DAMIÁN. Damián acostado en la cama de la izquierda. Las cortinas corridas para que no se le vea. Al alzar el telón está obscuro el teatro. Larga pausa. COSME y la CRIADA de la posada, fuera

COSME ¿Cuál es el número tres?

CRIADA Ese: abra usted la puerta.

COSME (Abriendo.) ¡Toma! Como le falta el garabato, creí que era un siete medio borrado. (Sale con un candelero, una maleta y un saco de noche.) ¿Este es mi cuarto?... Calle... y hay dos camas.

CRIADA (Siempre fuera.) ¿Le despertamos á usted temprano?

COSME (Saca el reloj.) No muy tarde; son las tres de la noche .. á las once y media de la mañana. (Viene al proscenio y vuelve.) ¡Ah! oye tú, Maritornes, ¿es tranquila esta posada?

CRIADA Sí, señor; la mejor de las dos que había; por eso quitó la suya la señora Pascuala

COSME Pues si no hay otra, de fijo es la mejor ésta.

(Deja la luz en la mesa y el equipaje en el suelo.) Las posadas de la Mancha no son muy buenas en verdad .. Dios quiera que se hagan los caminos de hierro para ahorrarnos los mesones. Mala cama, velas de sebo... comer... «lo que usted traiga», toda la noche aullando los perros, rebuznando los burros... y cacareando los maridos de las gallinas. Voy á cerrar por dentro, pues también suele haber gente de. . (Designando el hurto con la mano.) Ya estoy seguro. (Ha cerrado y se quita el chaquetón.) Ahora la requisa, porque estas camas suelen parecerse á la India y estar poblada de antropófagos que devoran á los viajeros. (Mirando.) Las sábanas amarillas... Eh, eso es de la plancha; mas no veo ningún animal picante. Nada tendría de extraño hallarlos en el campo, cuando en Madrid, en las casas de huéspedes... y por ferias... (Muy serio.) Y eso que Madrid es la corte, y se hacen pasajes y jardines, y hay muchos teatros, y muchos toros, y muchos... mas ¿cómo impedirlo? Las chinches tienen el derecho de entrar en la capital, cuando yo me atrevo á hacerlo. ¡Dios me libre! Sin saber qué ha sido de ella... ¡Desgraciada! Al cabo de cinco años. ¿Habrá muerto? Si lo supiera de fijo. ... eso me tranquilizaría. (Saca un gorro blanco del saco de noche y se le pone.) Vamos á dormir sosegadamente... Como persona que debe... O como beata en sermón. Mañana seguiré mi marcha. ¿Qué es esto? ¡Una baraja! ¡Qué sucia! Parece que han estado gallegos jugando á la brisca. ¡Todos juegan! La sed de oro. ¡Ese es el espíritu del siglo XIX! (Mientras se quita la corbata empieza á roncar Damián, al principio bajo, después fuerte.) Me parece que oigo soplar; de allí viene el ruido. (Pausa.) ¿Qué diablos habrá en esa cama? Tal vez alguna gata de par... es decir, en estado interesante, como se suele decir. (Grandes ronquidos) ¡Cáspita! si es gata de dos pies... Veamos. ¡Ave-María purísima! Es un

cristiano con más barbas que un zamarro. (Ronquidos.) Sigue... sigue... Eh, buen hombre... No responde. Tal vez sea algún francés que venga á estudiar la España para escribir luego que aquí todas se llaman Mariquitas y bailan el bolero y fuman. Eh, monsieur, monsieur, dispertes vous... (Gritando.) ¡Este hombre ha tomado opio! Ahora verás lo que te pasa. (Coge el jarro y con la mano le llena de agua la cara.)

DAM. (Muy tranquilo.) Aún no puede ser de día.

COSME Pero oiga usted.

DAM. Lárgate: ya te he dicho que me despiertes al amanecer. (Se vuelve del otro lado.)

COSME Es que...

DAM. Lárgate, imbécil.

COSME Es que yo no soy el mozo de la posada.

DAM. (Sobresaltado se incorpora.) Entonces... (¡Ay, Dios, Ya me habían dicho que los había en las posadas.) Mire usted que no tengo dinero: solo llevo unos treinta reales, ahí, en el chaleco.

COSME ¡Pues no me toma por un ladrón! Yo soy un viajero honrado.

DAM. (¡Si será sonámbulo!)

COSME He pagado el cuarto y quiero que me deje usted dormir en paz.

DAM. ¡Esa es buena!... Más razón tendría yo para quejarme, ya que usted me despierta.

COSME Es que estoy en mi cuarto.

DAM. Se equivoca usted, es el mío: también yo le he pagado.

COSME El pícaro del posadero por cobrar las dos camas.

DAM. ¿Qué hora es?

COSME Las tres en punto y nublado.

DAM. Yo me voy en la diligencia de las cuatro, con que... (Se tiende.) Felices noches.

COSME Una hora pronto pasa. (Bosteza.) Estoy rendido y no quiero quimeras. (Se va á su cama, corre las cortinas, se quita el pantalón y se mete en ella. Pausa. Empieza á roncar Damián.)

COSME (Entre las cortinas.) ¡Otra vez! ¡Huy!... ¡huy... (Siguen los ronquidos.) Esto ya es demasiado.

(Se echa abajo en calzoncillos.) Eh, amiguito, oiga usted, pronto.

DAM. (Incorporándose.) Dale, bola... ¿Vuelve usted otra vez á fastidiarme... á turbar mi reposo?

COSME Usted es quien turba el mío.

DAM. Yo ni le miro á usted siquiera.

COSME Ya... Usted no me mira... pero usted ronca.

DAM. ¿Yo ronco? Jamás lo he notado.

COSME A ver si duerme usted en silencio... ó si no...

DAM. (Enfadado se echa también abajo. Ambos están en calzoncillos. Damián tiene gorro negro.) Duermo como me da la gana. Se parece usted á mi mujer.

COSME ¡Yo!

DAM. Es decir, en lo impertinente. También ella, porque respiro fuerte, se empeña en que ronco y me despierta diez veces cada noche.

COSME Hace bien.

DAM. ¿Usted es casado?

COSME No, señor.

DAM. ¿Soltero? ¡Qué feliz estado!

COSME No, señor.

DAM. ¿Viudo? ¡Mejor todavía!

COSME Tampoco.

DAM. (Mirándole.) ¿Sabe usted que la hora es buena para chanzas?

COSME No me chanceo.

DAM. Todo hombre es soltero, casado ó viudo.

COSME Yo he sido soltero y casado. Pero no soy viudo, mi mujer es la viuda.

DAM. (Atontado.) ¿Ella es viuda, estando usted vivo?

COSME Es que no estoy vivo.

DAM. (Dando un salto atrás.) ¡Cómo! ¡Ea, no hay que gastarme esas bromas!...

COSME He muerto.

DAM. ¿Para el mundo?

COSME Para mi mujer. ¿No lo entiende usted?

DAM. No mucho.

COSME Se conoce que tiene usted malas entendederas. Con mi mujer era la casa un infierno, y he resuelto morirme para salir de él... y mientras ella me cree en el otro mundo...

DAM. Usted goza por éste lo que puede, ¿eh?

COSME Cabalito.

DAM. Entonces, cuénteme usted cómo ha logrado morirse sin que le cueste la vida.

COSME (Como si contara un cuento, pero de repente se vuelve.) Pues señor... Otro día más despacio, que ahora tengo sueño.

DAM. ¡Después que usted me ha desvelado!... Y cuando me desvelan, ya no vuelvo á recobrar el sueño.

COSME ¿Y cree usted que yo he venido para entretenerle á usted, como á los niños, contándole cuentos? (Se acuesta.)

DAM. (Mira su reloj, que está colgado.) Las tres y cuarto... ¡Todavía media horita!

COSME Buenas noches.

DAM. (Los dos acostados; de una cabecera á otra solo hay una vara de distancia.) Ahora que ambos hemos tomado la horizontal, pudiera usted contarme su historia... A ver si yo aprendía el medio de morir para mi mujer.

COSME Veo que no ama usted con delirio á su consorte.

DAM. Psth... Tiene cincuenta y un años... mas lo peor es el genio. Vivimos en Pedroñeras: allí tengo una fábrica de ligas, puesta con su dinero, desde que tronó mi manguitería de la calle Mayor.

COSME ¿Tenía usted manguitería?

DAM. Sí, y allí daba gato por marta, y conejo por chinchilla á cuantos me compraban paletinas.

COSME Ya, ¿y lleva usted ligas á Madrid?

DAM. Ca, no. Vengo á Villatovas á recibir á mi mujer, que ha ido á la corte.

COSME ¿Por algún asunto importante?

DAM. Sí, señor, á ver *La Pata de Cabra*. A las cuatro llegará en la diligencia de Valencia: conque... mientras, cuénteme usted su historia.

COSME Mi historia es muy romántica: habría con ella para llenar un mes los folletines del *Heraldo*. Nací sietemesino... de pequeño era muy rubito y muy lindo.

DAM. ¡Caramba, y cómo ha variado usted!

COSME A los doce años, en lugar de ir á la escuela, pasaba el día en echar barcos de papel en la fuente de las Cuatro Estaciones.

DAM. (Durmiéndose.) Eso es poco importante.

COSME Conociendo por esto mi padre la afición á la marina... me puso á estudiar latín con los Jesuitas... pero ni por más azotes pasé del *quís vel qui*. Transcurrieron años y años y cumplí los dieciocho... (Notando que no le escucha.) ¿Me oye usted? ¡Ya baja! ¡Y eso que no atrapaba el sueño si le desvelaban! Mejor, con eso me dormiré yo también. (Pausa. Damián ronca.) Otra misa sale... y va de tres. ¡Maldito sea tu pellejo! (De rodillas en la cama y á gritos.) ¡Eh! Escuche usted, acababa yo de cumplir dieciocho años...

DAM. (Despierta asustado.) ¿Qué... qué es eso?... (De rodillas en la cama.) ¿Quién tiene dieciocho años?

COSME Yo cuando salí de los Jesuitas. No se ha enterado usted de nada.

DAM. Sí tal, cierro los ojos... pero me entero. (Vuelve á acostarse.) Siga usted.

COSME Pasaré por alto mis travesuras con las vecinas hasta que caí quinto. Ya iba á marchar al regimiento cuando recibí una misteriosa carta. «Amable joven, tiene usted bonita figura, y es lástima exponerla á que la agujereen las balas; yo tengo algún dinerillo, soy joven aun, os amo, y os ofrezco mi mano, mi fortuna y un sustituto.»

DAM. ¿Sustituto? ¡Y os lo confesaba!

COSME Para el ejército, hombre... no para el matrimonio. (Durmiendo.) La carta venía firmada Verónica Barón, y las señas calle de Peligros... número...

DAM. (Dando un salto é incorporándose.) ¡Cómo! que... Veró... Bar... Peligros... Vamos, siga usted.

COSME Pues... Verónica... calle de Peligros... (Se duerme y empieza él ahora á roncar.)

DAM. Ahora es él... ¡Eh, eh, el Jesuita!... ¡El quinto de la carta! (Sacudiéndole.)

COSME (Despierta.) ¿Qué quiere usted?

DAM. Saber el fin de la historia.

COSME ¿Dónde estábamos?

DAM. Al principio de vuestra carrera militar, cuando cayó usted quinto.

COSME ¡Ah, sí! Pues no pasé de ahí, no llegué á general: así déjeme usted tranquilo. (Se vuelve.)

DAM. No me da la gana. Me interesa esa historia y quiero conocer el desenlace.

COSME ¿Pero dónde estábamos?

DAM. Cuando cayó usted quinto.

COSME Ya me lo ha dicho usted dos veces. ¿Quiere usted recibo? Dormir en el cuarto de usted, es lo mismo que en el de una culebra con cascabeles. (Se levanta.)

DAM. Ya hemos leído el billete, ¿y después?

COSME Lo creí una broma; sin embargo, voy á la casa. ¿Lo creerá usted? Verónica existía... ella escribió la carta... ella tenía cuarenta y cinco mil reales y cuarenta y cinco años; por lo demás, se conservaba lo mismo que de joven; fea siempre. Era viuda de otro infeliz, tal vez comprado como yo en el mercado de la desgracia. Entre Verónica y cargar con el fusil, cargué con Verónica, y como Febo tuvo un fin trágico, me casé.

DAM. (Apretándole la mano.) ¡Cuánto me está usted interesando!...

COSME Al mes de matrimonio, ya lloraba por el regimiento. Cada día descubría en ella un nuevo defecto... ¡trescientos sesenta y cinco al año!... Estuve casado dos años, con que sume usted.

DAM. (Como pensando.) No tengo pluma. Pero sí, eso es; sobre poco más ó menos sale la cuenta.

COSME Un día, domingo era... me echó en cara que me había pagado tres mil quinientos reales para el sustituto, añadiéndome: «que no valía yo tanto dinero.» La tiré un plato en la cabeza; ella me tiró la botella... y como era domingo, así santificamos la fiesta.

DAM. ¿Le hizo á usted daño con la botella?

COSME (Sin escucharle.) Para abreviar, tomé una resolución definitiva; cogí tres camisas, dos

pares de calcetines y algunos cuartejos y tomé las de Villadiego.

DAM. La estratagema de la fuga.

COSME Temiendo que hiciera requisitorias, me ocurrió una idea famosa. Me voy al canal, y junto al primer molino dejo el equipaje y una carta anunciando mi suicidio.

DAM. Ya... le han creído á usted ahogado, y por eso su esposa de usted quedó viuda, estando usted vivo.

COSME Eso mismo; lo ha adivinado usted.

DAM. No lo he adivinado, porque lo sé todo; usted se llama Cosme Ratimago, y en *El Espectador* salió la noticia de su muerte, atribuyéndola á pérdidas en el juego.

COSME Cosas de periódicos.

DAM. Su mujer de usted se ha vuelto á casar.

COSME ¿Ha comprado tercer marido?

DAM. Sí, señor; un desgraciado, que no hallando ya gatos que matar, perdió todas sus pieles y, estaba para perder la suya. Un manguitero arruinado... que para no morir de hambre, ha tenido que establecer una fábrica de ligas en Pedroñeras.

COSME ¿Es usted?

DAM. El mismo.

COSME ¿Usted es el marido de mi mujer? (Diantre, he hecho mal en contarle la historia; tal vez podrá comprometerme.) Con que su mujer de usted...

DAM. Diga usted la suya.

COSME (¡No lo dije.) (Se dirige á la puerta.) Que lleve usted buen uiaje.

DAM. (Deteniéndole por el brazo.) Poco á poco, ¿así piensa usted escapárseme?

COSME Me he dejado olvidada la sombrerera.

DAM. No le suelto á usted, aunque me maten.

COSME ¿Qué significa esa violencia? ¿Y la libertad individual, garantida por un sin número de instituciones?

DAM. (Forcejea.) Hola, amiguito, ¿con que usted se ahoga de mentirijillas? ¿Con que usted deja plantadas á sus mujeres para que otros des-

venturados carguen con ellas? Iremos juntos.

COSME ¿A dónde?

DAM En busca de Verónica.

COSME ¿De su mujer de usted?

DAM. De la de usted.

COSME De la de usted.

DAM. De la de usted.

COSME De la de usted. La muerte ha roto todo lazo entre nosotros.

DAM. Le pondré á usted por justicia.

COSME Enhorabuena: una mujer no puede tener dos maridos... ostensiblemente, y á usted le amparará el juez con el derecho de posesión y se quedará usted con la finca; usted es el propietario.

DAM. Yo no soy más que inquilino; el casero es usted, mi alquiler ha concluído y le entrego á usted las llaves.

COSME La ley le da á usted cuarenta días... (de que yo me aprovecharé para huir.)

DAM. Yo no me quedo con ella.

COSME Yo le obligaré á usted.

DAM. ¿De qué modo?

COSME Matándole.

DAM. ¿Un desafío? Admitido.

COSME No tenemos armas.

DAM. En la cocina las he visto. Vamos á disputar la dama con las armas en la mano para ver quién es el feliz que se queda sin ella. (Vase Damián y deja encerrado á Cosme.)

ESCENA II

COSME solo

Me encierra... Creí acobardarle alzando el gallo, pero se conoce que es valiente. ¿Quién diablo me habrá tentado á contarle mi historia? ¡Si pudiera escaparme! (Abre la ventana.) Está muy alta... me rompería alguna cosa esencial del individuo... Tal vez no vuelva:

será quizá más cobarde que yo, y ha buscado ese pretexto para marcharse. ¡Ah! (Abre la puerta con llave.)

ESCENA III

COSME, DAMIÁN

DAM. (Trae un asador y un trabuco.) Aquí hay armas. No he hallado más que esto, pero basta.

COSME ¿Un asador?... ¿Se piensa usted que yo soy pavo?

DAM. Al avío.

COSME Yo tengo la elección de armas: usted me ha desafiado.

DAM. Al contrario, usted ha dicho que quería matarme; no importa, elija usted.

COSME Soy generoso; venga el trabuco.

DAM. Tome usted.

COSME De pared á pared: á la distancia de este cuarto.

DAM. Marchando uno contra otro.

COSME Y cada cual disparará cuando guste. (Se coloca á distancia.)

DAM. (Con el asador en actitud de matar al toro.) Allá voy yo.

COSME (Dispara el trabuco, y sólo da chispazo.) ¡Calle! ¡Si no está cargado!

DAM. (Andando muy despacio.) Aún tiene usted tiempo de encomendarse á Dios.

COSME (Pegado á la embocadura.) ¡Chit!... ¡Quieto! Oiga usted, hombre... Eso no vale... Venga el asador.

DAM. Allá voy á clavárselo á usted.

COSME Un momento... Me ha ocurrido una idea mejor.

DAM. Veamos. (Se contiene.)

COSME Pienso que lo que vamos á hacer carece de sentido común. Si nos batimos á muerte, ambos perdemos: el muerto, porque lo entierran, y el vivo porque se queda con Verónica.

DAM. No se me ha ocurrido eso.

COSME ¡Si á usted se le ocurren muy pocas cosas!

DAM. (Ha bajado el asador; impensadamente se apoya en él y se pincha.) ¡Ay, ay! Entonces, ¿cómo se arregla este negocio?... A menos de no partir por medio á Verónica...

COSME Sería una idea original, si Salomón no la hubiera tenido antes que usted.

DAM. ¿Quién era ese Salomón?

COSME Salomón fué un ministro del rey difunto, pero el Salomón de que hablo á usted fué un rey que tuvo ochocientas mujeres.

DAM. ¿En qué tiempo fué eso?

COSME Antes de la guerra de la Independencia.

DAM. ¡Ochocientas mujeres! Nosotros tenemos una entre los dos, y nos parece mucho.

COSME Oiga usted mi idea. (Dejando las armas.) ¿No hace cinco años que vive usted con Verónica?

DAM. ¡Cinco siglos!

COSME Pues aguántela usted otros cinco, y en seguida cargo yo con la plena. ¿Acepta usted?

DAM. Con una pequeña enmienda. Hace cinco años que usted se ve privado de ella; llévesela usted por otros cinco, y le empeño á usted mi palabra de relevarle en seguida.

COSME ¿Cómo saldremos del paso? (Discurriendo.) ¡Otra idea!... ¡Oh! Esta .. esta...

DAM. Vamos á ver esta.

COSME ¿Ve usted esa baraja? Le juego á usted su mujer.

DAM. La de usted.

COSME La nuestra. ¿Acepta usted la proposición?

DAM. Con mucho gusto... y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

COSME Luego no hay que quejarse.

DAM. Nada. (Espero perder, pues nunca he ganado al juego.) (Coge una silla.)

COSME Soy afortunado en el juego, y malo ha de ser que no gane. (Coge otra silla, y entre los dos colocan la mesa delante del apuntador.)

DAM. Al as de oros ó á la treinta y una.

COSME Mejor es al ecarté, si no tiene inconveniente.

DAM. Vaya por el ecarté.
COSME Cinco puntos y sin revancha.
DAM. Sin revancha. Si gana usted á Verónica, no tengo otra mujer que jugarle. A ver quién da. (Corta.) Un siete.
COSME Sota. Yo doy. (Corta, y después baraja.) As de copas.
DAM. (Asustado al ver sus cartas, hace mil contorsiones.) (Malo va esto: tengo un juego magnífico y el rey del palo.)
COSME (Tengo malas cartas... Mucho me disgustan.)
DAM. Propongo.
COSME ¿Cuántas?
DAM. Cinco. (Cambian todas las cartas)
COSME Yo tomo cuatro. (Y guardo un rey.)
DAM. (Gozoso.) Todas cartas blancas. Esto ya es otra cosa.
COSME (Idem.) Figuras... sietes .. ¡Oh, la cosa varía!
DAM. (Tira.) Dos de bastos.
COSME Marco el rey.
DAM. Ya tiene usted un punto.
COSME Y los que caerán: siga usted jugando. (Juegan, y Cosme gana todas las bazas.) Tengo tres puntos... (Gozoso.) Sólo dos me faltan.
DAM. (Alegre.) (¡Ningún punto! Cobro buenas esperanzas.)
COSME Usted da ahora.
DAM. Es la decisiva. (Baraja y da.) Vuelvo. El cuatro de espadas.
COSME (Regocijado.) Aquí está el rey.
DAM. (Idem.) Ya tiene cuatro puntos. (Juegan, y de las cinco gana Cosme tres bazas.) ¡Ah... amigo mío, usted ha ganado... usted ha hecho los cinco puntos! (Se frota las manos en muestra de placer.)
COSME (Idem.) Sí, señor... Usted ha perdido, usted no ha hecho ninguno.
DAM. y COS. (Al publico.) Por fin me veo libre de Verónica.
DAM. (Después de una pausa.) ¿Qué ha dicho usted?
COSME Repita usted.
DAM. Canto el *Te-Deum*, porque me ha libertado el cielo de...

COSME (Se levanta.) Yo soy el libertado.
DAM. ¡Cómo!
COSME ¿No he ganado yo?
DAM. Sí, pero yo he perdido.
COSME Pues eso es.
DAM. Pues eso es. ¿No hemos jugado á Verónica? Usted ha ganado... Suya es Verónica.
COSME ¡Estúpido! ¡Usted ha perdido! ¡La ventaja es mía, y se queda usted con Verónica!
DAM. ¡Imbécil! Cuando se juegan dos cuartos, el que los gana, es quien los gana.
COSME Estólido. Eso es verdad; pero cuando se juega una mujer, el que la gana, es quien la pierde.
DAM. (Al público á un tiempo.) El que la gana, gana.
COSME (Idem.) Gana quien pierde; y si no, (Dirigiéndose á las lunetas.) los señores serán jueces, á su fallo me remito.
DAM. Es un abuso de confianza. La prueba es, que me he descartado de muy buen juego.
COSME ¡Hola! ¿Conque hacía usted trampas? Castigo del cielo.
DAM. Pues yo os la endoso.
COSME Pues yo no la acepto. (Ruido de una diligencia.)
DAM. ¿Oye usted?
COSME ¿Qué?
DAM. La diligencia. (Abre la ventana.) Verónica llega.
COSME (Cogiendo maleta y saco de noche.) Yo me largo.
DAM. No se irá usted.
COSME Sí me iré.
DAM. (Gritando á un tiempo.) No.
COSME Sí.
VOZ. (Fuera.) Don Damián... Don Damián.
DAM. (Asomado.) Ya bajo... Dígale usted á Verónica que le tengo aquí dispuesto un regalo.
VOZ. Su mujer de usted no viene, pero tengo una carta para usted.
DAM. No puedo bajar desnudo... Démela usted en la punta del palo.
COSME (Ella no viene, respiro.)
DAM. (Toma la carta.) ¿Qué la detendrá en Madrid? No es su letra... (Abre la carta.) Es la de nuestro escribano.

COSME Lea usted.

DAM. «Mi querido don Damián, anuncio á usted con el más profundo dolor, que se ha quedado viudo.»

DAM. ¡Viudo! ¡Viudo!
COSME

DAM. ¡Ay! Yo creo que del gozo me va á dar algo.

COSME (Muy alegre.) Al fin me veo libre.

DAM. ¡Qué enfermedad tan fulminante!... Algún sofocón de los que tomaba. (Sigue leyendo.) «Una de las abundantes pulmonías de Madrid, apenas la ha dejado tiempo para dejar por heredero á su legítimo esposo.» (Conmovido.) ¡Pobrecilla! En medio de todo, tenía un corazón excelente.

COSME (Vertiendo una lágrima.) En el fondo... siempre la conservé cariño.

DAM. Emplearé sus bienes dignamente.

COSME Sus bienes me pertenecen.

DAM. ¿Conque no ve usted que me deja por heredero?

COSME Deja á su legítimo marido... y yo era su marido.

DAM. ¡Usted que la abandonó hace cinco años!

COSME Me arrepiento, y vuelvo á unirme á ella.

DAM. Pleitearemos.

COSME Pleitearemos. Otra idea. Yo tomaré posesión del dinero y de la fábrica de ligas, y á mi muerte le dejaré á usted por heredero.

DAM. Vaya usted al demonio con sus ideas.

COSME Entonces, para que no se lo coma todo la justicia, ya que hemos sido compañeros de infortunio, seámoslo en la prosperidad y compartamos juntos la herencia.

DAM. Que me place... aunque solo sea porque me comunique usted sus ideas.
(Al público.)

Si juzgais sin compasión
y acabais por desairarnos,
es tal en esta ocasión
nuestra desesperación...
que volvemos á casarnos.

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES A ESTA GALERIA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Montera, 10; Gutenberg, Príncipe, 14; Viuda de Hernando, Arenal, 11; Victoriano Suárez, Preciados, 48; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10; Escribano, Plaza del Angel, 12; Romo y Fussel, Alcalá, 5; Iravedra, Arenal, 6; Viuda de Rico, Travesía del Arenal, 1.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Augusta, 220, 2.º

Habana: Sres. L. Saenz y Comp.ª, Oficios, 19.

Puerto Rico: Sres. Sobrino de Izquierdo y C.ª (Sociedad en comandita).

Manila: Manuel Arias Rodríguez, Carriedo, 2.

México: José de la Macorra, calle de Capuchinas, 12.